



“Razones y sinrazones anglosajonas frente al otro.
La imagen cambiante del símbolo: de la consideración
idílica del pielroja al aniquilamiento”

p. 677-708

Juan A. Antonio y Medina

*Obras de Juan A. Ortega y Medina, 2. Evangelización
y destino*

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2013

712 p. + [VIII]

Figuras

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-4814-6 (volumen 2)

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/607/evangelizacion_destino.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Razones y sinrazones anglosajonas frente al otro. La imagen cambiante del símbolo: de la consideración idílica del pielroja al aniquilamiento

677

Dos aclaraciones son necesarias en esta introducción porque ellas nos dan la clave para la comprensión del texto;¹ es decir, para acercarnos al tema del indio desde el punto de vista de ingleses y norteamericanos. Tenemos que dar cuenta en primer lugar de los juicios que transforman la idea de la Edad Dorada y el buen salvaje durante el efímero primer contacto de los europeos con el *otro*, en su contrario, el mal salvaje o Calibán indiano; en segundo término consideramos este contacto como uno solo, aunque largo y continuo en el tiempo, sin tomar en cuenta las secuencias históricas temporalmente distintas. Vemos, pues, el encuentro como único, supuesto que un mismo sujeto histórico, el indio pielroja, fue el receptor del impacto aniquilante a lo largo de tres siglos (XVII-XIX) hasta su casi total liquidación; y asimismo un único actor histórico (inglés y angloamericano) que fue el que determinó por razones fundamentalmente religiosas y teológicas, primeramente la calificación del ente indio como salvaje irredento y, en segundo lugar, la marginación y erradicación casi

1 Ponencia repesntada en Trujillo, Cáceres, España, 1988.

absoluta de éste. Esto nos obligará a realizar un esbozo de la religión puritana y a subrayar sus implicaciones a lo largo de la realidad histórica cambiante que culminará en la justificación destructora del mundo indígena.

Los *separatistas* ingleses, llamados posteriormente puritanos por su extremado celo religioso, representaron una modalidad heterodoxa, inspirada en el calvinismo ginebrino, dentro de la confesión de fe anglicana. En Calvino, que toma literalmente de san Pablo (*Romanos*, 3:4-18) el pesimismo y desconfianza absoluta frente al hombre, definido todo él como pecado, son atenuados selectiva y pues discriminatoriamente por la doctrina de la predestinación (*decretum horribile*) en virtud de la cual sólo un pequeño número de elegidos *ab aeternis* son salvados, en tanto que el resto, abrumadoramente mayoritario, es condenado por toda la eternidad (*Mateo*, 20:16-22 y *Romanos*, 8:29-30). Este determinismo salvador inspirado en Isaías, encontró en Calvino, a través de san Agustín, una misteriosa justificación paradójica, puesto que si ningún hombre merecía ser salvado, la elección de sólo unos cuantos mostraba la infinita misericordia y justicia de Dios. En san Pablo encuentra también Calvino inspiración para la tesis de la vocación cristiana, pero superándola, puesto que mediante ella busca el hombre cristiano una certidumbre, una señal de salvación (*certitudo salutis*) fundamentada en la eficacia de la fe (*fides efficax*) que se traduce en una intensa actividad intramundana (*laborare est orare*). De aquí la frugalidad, la diligencia, la destreza y el espíritu del ahorro en la vida del puritano, a la vez que una incesante y racionalizada prosecución y acrecentamiento de la riqueza, no por la riqueza misma, sino como un bien social. No se trata de una riqueza suntuaria, derrochadora, sino de una riqueza para beneficio del cristiano y de la sociedad puritana. El electo se siente así un hacedor y señor del mundo a través de este proceso: fe, predestinación, elección, vocación, justificación y santificación. El hombre puritano busca el éxito pues el fracaso de su empresa en el mundo se convierte para él en señal evidente del rechazo divino; porque la doctrina vocacional elimina el pesimismo predestinatorio mediante el sano resorte psicológico, tan grato al hombre, de estimar su progreso, su éxito y su perfeccionamiento en el mundo como signo patente de salud, de elección, lo cual proporcionará al puritano una confianza ilimitada en sí mismo, origen de su complejo de superioridad protestante y nórdica. Por semejante pero contraria razón, el mismo puritano considerará el retroceso, el fracaso y la imperfección como signos evidentes del rechazo divino.

A esto hay que añadir la organización de las asambleas puritanas mediante un triple convenio, fuera del cual no hay posibilidad de una auténtica vida cristiana: pacto de gracia con Dios, pacto religioso o eclesiástico y pacto civil o político. Mediante este triple pacto el Dios absoluto y omnipotente se compromete a cumplir todo lo prometido; todo lo bueno proviene del pacto, todo lo malo de la inexistencia, rechazo o negación del mismo.

La Edad Dorada y el buen salvaje

Los humanistas del Renacimiento se hicieron eco en algunas de sus obras de la idea clásica relativa a los dos tópicos enunciados. Cervantes, por ejemplo, aludió a esta doble imagen y puso en boca de don Quijote un famoso discurso sobre la “Dichosa edad y siglos dichosos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados.” Destaca el autor la comunidad de bienes en aquella “santa edad”; la paz, la amistad y la concordia que en aquella etapa venturosa permitía la felicidad entre los humanos porque vivían en la ignorancia de dos palabras: tuyo y mío.

Cervantes, en aquella ferrea y conflictiva época en que las potencias europeas guerreaban incansablemente, recuerda la tradición clásica iniciada por Hesíodo, el pastor beocio, en *Los trabajos y los días*, que culmina en el mundo latino con Virgilio y que sobre todo a partir del poeta se presenta bifurcada interpretativamente en la versión progresista optimista de Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*, y en la exégesis del filósofo y pedagogo latinocordobés Lucio Anneo Séneca, quien en su desesperanzada epístola XC alude a las tres edades del mundo: oro, plata y bronce-hierro, caracterizada esta última, que era la suya, por la violencia y la degeneración física y moral; por los vicios, las guerras y el licantropismo político-social.

Los poetas buscan la manera de escapar, al menos bucólicamente, a tan triste cuanto miserable etapa férrea e imaginan una utópica Arcadia habitada por pastores (arcadios o árcades) donde reina la abundancia, la inocencia y la felicidad.

Los humanistas y artistas del renacimiento redescubren, según se ha dicho, el tema clásico de la edad áurea y del ente dichoso que vivía y gozaba de ellas, pero la presencia real de América transforma esta primigenia utopía en sueño despierto o ensoñación de casi paraíso terrenal habitado por seres humanos bondadosos, nobles y de prócer estatura, que conviven armoniosa

y felizmente en una tierra fragante, rica y bella que les cede sus más opimos frutos sin mayores esfuerzos. Esta supuesta edad áurea se convierte en la realidad americana, no menos que el *filósofo desnudo* de los antiguos se concreta y actualiza en el hermoso, débil, manso, discurrente y racional salvaje isleño. La escena, reconstruida al estilo clásico, corre a cuenta de Pedro Mártir de Anglería. Tras el simbólico discurso del anciano y grave indio, Colón quedó maravillado pues que provenía de un hombre desnudo, máximo cargo que según Montaigne hacían los civilizados europeos a los indios por no llevar calzones. Por su cuenta, el almirante nos presenta a los indios habitantes de las islas como “gentes ingeniosas, bien proporcionadas, como calcas de antiguas estampas; tímidas y espléndidas, inocentes, de bonísima fe y dadivosas”.² La descripción colombina no pudo menos que mover la pluma del cronista Pedro Mártir, y le hizo escribir lo siguiente:

Tienen ellos por cierto que la tierra así como el sol y el agua es común y que no debe haber entre ellos *mío* y *tuyo*, semillas de todos los males, pues se contentan con tan poco, que en aquel vasto territorio más sobran campos que no le falta a nadie nada. Para ellos es la *edad de oro*. No cierran sus heredades ni con fosos, ni con paredes, ni con setos; viven en huertos abiertos, sin leyes, sin libros, sin jueces; de su natural veneran al que es recto; tienen por malos y perversos al que se complace en hacer injuria a cualquiera; sin embargo, cultivan el maíz, la yuca y los ages.³

Américo Vespucio confirmaría también que la gente vista por él en la *Cuarta Parte* del mundo vivía y se contentaba con lo que buenamente le daba la naturaleza; que tenían en poco la riqueza y que por lo mismo, resultaba extremadamente liberal.⁴ Pero al lado de esta descripción amable y áurea aparece ya en la carta conocida por lo general como *Cuatro viajes* la otra cara, la del indio indómito y fiero, guerrero, cruel, traicionero, bestial y, en suma, caníbal. Asimismo Colón, desde su primera carta se refiere a otros indios “muy

2 Cristóbal Colón, *Carta del almirante... al señor Rafael Sánchez, tesorero de los reyes*, edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1939, p. 5-8.

3 Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Bajel, 1944, p. 41. Las cursivas son nuestras.

4 Américo Vespucio, *Carta de las islas nuevamente descubiertas en cuatro de sus viajes*, edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1941, p. 40.

feroces”, nada amables, de largos cabellos a los que llama caribes, los cuales se alimentan de carne humana.

Al reparar por primera vez en un ente nuevo, en una cuarta raza, la americana o roja, la presencia del indio aparece como la del *noble y buen salvaje*, que casi de inmediato se trueca en su contraria, la del *mal salvaje*, no ya tan sólo bárbaro, mal menor, sino de naturaleza bestial. El revelado positivo tenía el respaldo de la fábula clásica y de la renovación renacentista; el negativo se apoyaba en la concepción inventada, manipulada y asumida por los historiadores y cronistas.

Los ingleses también tuvieron que concertar y contender con el indio americano y de hecho lo hicieron no con el ente mítico ideal, sino con un ser real astuto, hostil o cordial según las circunstancias. Sin embargo, el poder embelesador de la leyenda áurea y del indio paradisiaco estaba de cierto modo tan arraigado que nunca se extinguió del todo, tal como lo prueba su renacer en el siglo de las luces.

Movidos los ingleses de la época isabelina por la sugestiva y nostálgica ilusión de la Edad Dorada, al ponerse en contacto con el pielroja no pudieron menos que idealizar a su vez y como era de rigor la presencia física y moral de éste. El capitán Barlow, enviado por Walter Raleigh a colonizar la tierra americana, que sería llamada Virginia en honor de la reina, describe a los hombres y mujeres de la tribu como gente hermosa, bondadosa y civilizada (1584):

Cuando nos acercamos y allegamos cabe a la orilla del mar, la esposa de Granganimeo vino corriendo a saludarnos muy afectuosa y amigable. Su marido no estaba en ese momento en la aldea, y ella mandó entonces a algunos de los suyos que nos remolcasen hasta la orilla donde rompían las olas; encargó a otros que nos llevasen a cuestras hasta la playa, y a otros que recogiesen nuestros remos y los llevasen hasta la casa [...]. Nos atendieron, pues, con todo amor y fineza y con la mayor liberalidad que, a su manera, les fue posible. Hallamos a aquella gente muy mansa, amorosa, fiel y sin malicia, y tal como si estuvieran viviendo aún en la edad dorada.⁵

⁵ Apud F. Coleman Rosenberg, *A Treasury of Writings*, Nueva York, Virginia Readings, 1948, p. 27; y Richard Hakluyt, *The Principal Navigations, Voyages and Discoveries of the English Nation*, v. VI, Londres, Everyman Library, 1919, p. 121.

Pero al año siguiente arribó a las costas de Virginia una nueva expedición al mando de Richard Grenville con 108 supuestos colonos, que en realidad eran soldados. Durante una exploración para procurarse maíz de los indios en Aquascógon, el caballero Grenville se encolerizó por el robo de una copa de plata, sustraída según él por los indios, y ordenó quemar el poblado, las milpas (sembradíos de maíz) e incluso la que tenían reservada para sembrar y mitigar el hambre durante el invierno. La iniciativa había partido de los ingleses.⁶ Fue el primer rompimiento de éstos con los indios y así lo reconoció el sabio de la expedición Hariot, que generoso y cristiano condenó aquella brutal represalia: “hacia fines del año algunos de los nuestros se mostraron demasiado fieros y asesinaron en ciertos pueblos a varios indios por causas que, por nuestra parte, podrían además haberse muy fácilmente excusado”.⁷

La coexistencia entre blancos e indios había terminado cuando apenas comenzaba; manera violenta de dar fin por una copa extraviada o sustraída, a unas relaciones amistosas iniciadas con muy buen pie bajo los auspicios de la idea del buen salvaje y de la edad áurea.

Las posteriores exigencias de maíz por parte de los colonos causaron un alzamiento de los pielesrojas y el lugarteniente de Grenville, Ralph Lane, aplastó la sublevación matando buen número de indios entre ellos al cacique Pemisapan (junio de 1586). El cronista Hariot censuró los ultrajes y crueldades perpetrados a los indios; la falla inmediata de la empresa colonizadora la atribuyó al olvido de la inexcusable misión espiritual o adoctrinadora para con los indígenas, pues los desencadenados apetitos y ensueños de oro y de argentíferas minas había apartado a los colonos de la misión principal: expandir el evangelio.

La imagen del buen salvaje tan bellamente idealizada en los grabados de Teodoro De Bry, inspirado en las acuarelas de White y de Le Moyne, será trocada casi de inmediato por la de Calibán recreado por Shakespeare en *La tempestad*, víctima aquél a partir de entonces de todos los Prósperos anglosajones que en el mundo americano han sido. En la primavera de 1637 un súbito levantamiento de los pielesrojas destruyó gran número de plantaciones y eliminó unos 350 colonos. El ansia inextinguible de los colonos por acaparar

6 David B. Quinn, *Raleigh and the British Empire*, Londres, The English University Press, 1947, p. 30.

7 *Apud* Richard Hakluyt, *op. cit.*, v. VI, p. 193.

tierras, cuyos dueños eran los indios virginianos, y los daños ocasionados en los sembradíos indígenas por el ganado europeo fueron las principales causas que provocaron el conflicto entre los hombres rojos y los blancos. Los colonos supervivientes, poco más de 1 000, se juramentaron para acabar con todos los indios powhatanés y durante tres años consecutivos se organizaron expediciones punitivas para acosarlos, castigarlos y no dejarlos sembrar. Cierta número de montaraces guerreros fueron persuadidos, con juramentos de paz y amistad por parte de los ingleses, a regresar a sus tierras y entonces fueron atacados por los colonos y no hubo en el encuentro el menor ahorro de vidas no ya digamos de hombres, sino también de mujeres y niños. La campaña destructora continuó durante catorce años y en 1641, después de cinco de precaria paz, estalló de nuevo la guerra durante la cual pudieron por último los colonos británicos (anglicanos en su mayoría, es decir, teológicamente hablando, calvinistas al igual que los puritanos) acabar prácticamente con la antes poderosa confederación indiana y liquidar a su jurado enemigo, el no-nagenario cacique Openchancanough, alma de la resistencia nativa.

Peregrinos y santos en la Nueva Inglaterra

En tanto que los colonos ingleses, los famosos peregrinos arribados en 1626, no aprendieron a cultivar el maíz, dependieron de las cosechas indígenas. Un tal Sanders, gobernador de una nueva colonia independiente, Wessagussett, viendo que sus 77 colonos se morían de hambre decidió tomar por la fuerza el grano que los indígenas reservaban para el invierno. La noticia del robo violento llegó pronto a Plymouth, en donde alarmado el gobernador Bradford escribió a Sanders protestando del pillaje y haciéndole ver que aquel latrocinio iba contra las leyes de Dios y de la naturaleza,⁸ entre tanto el capitán Miles Standish, que andaba entre las tribus recolectando maíz y que se mostraba muy poco inclinado hacia los indios, como jefe militar de los padres peregrinantes, se dirigió con sus ocho bien armados soldados en búsqueda del cacique menor Wituwamet, un “asesino e intrépido villano” que alguna vez lo había amenazado, y de otro bravo y gigantesco pielroja que le había desafiado y se había burlado del mílite por la escasa estatura de éste. Llegado

8 William Bradford, *Of Plymouth Plantation. The Pilgrims in America*, Nueva York, Harvey Wish, Capricorn Books, 1962, p. 86.

Standish a Wessagussett (1623) sometió a los colonos independientes a su autoridad, disolvió el establecimiento colonial y disimuló sus bien calculadas intenciones hacia los indios. Pasados unos cuantos días y comportándose lo más suavemente que le fue posible invitó a comer a Wituwamet, al hermano de éste, al guerrero burlón, Pecksuot, y a otro bravo, y los pasó a un aposento en donde cerradas las puertas, el *miles gloriosus* y sus ocho soldados se lanzaron contra los invitados, que habían entrado desarmados, y los mataron. Consumada la matanza salieron y la continuaron contra todos los indios con los que se toparon. El capitán y sus soldados regresaron triunfalmente a Plymouth, la cabeza de Wituwamet fue espetada en una pica y llevada al pequeño fuerte, en donde por varios años estuvo expuesta.

Los padres fundadores respiraron tranquilos, se acabaron los temores provocados por las supuestas alianzas, complots y maquinaciones de las tribus de Massachusetts. Acuciados por la necesidad de la justificación religiosa encargaron la defensa a Edward Winslow, quien en su *Good News from New England* (Londres, 1624) excusó la matanza y la calificó de castigo. Los *First Comers*, en su mayoría calvinistas, olvidaban en 1623 el auxilio desinteresado que tres años antes habían recibido de los indios, que compadecidos del lastimoso estado en que desembarraron les ayudaron a sobrevivir. El viejo reverendo John Robinson, quien se había quedado en Leyden con los peregrinos que no pudieron por el momento trasladarse a América, no pudo menos que desaprobador la violenta acción:

Respecto a la ejecución de esos pobres indios ¡oh, cuán feliz hubiese sido que hubierais convertido a alguno antes de matar a cualquiera de ellos! Además, cuando la sangre es una vez derramada, con dificultad se restaña. Me decís que merecían la muerte, os lo concedo; ¿pero no hacéis cuenta de las muchas provocaciones y desmanes realizados por aquellos cristianos gentiles? Más aún, tened en cuenta que no ejercéis magistratura sobre ellos y por lo mismo deberíais haber considerado no lo que ellos merecían, sino lo que vosotros estabais constreñidos a infligirles por necesidad. No veo la forzosidad de semejante acción, especialmente la de matar a tantos (y a muchos más, según parece, si hubierais podido) y en verdad que estoy espantado cuando menos en esta ocasión, de que otros se vean arrastrados a proseguir semejante camino de desesperación [...]. En esta oportunidad permítanme exhortarlos seriamente

a considerar la disposición de vuestro capitán, al que estimo. Estoy persuadido de que el Señor, por su gran merced y para mucho bien de vosotros, os lo ha enviado, si es que lo empleais correctamente. Él es un hombre sencillo, y manso entre vosotros, y lo es también en todo lo tocante al ordinario curso de la vida [...]. Pero puede estar falto de esa conveniente terneza de la vida del hombre hecho a la imagen de Dios. Hay una cosa que es más gloriosa a los ojos del hombre que agradable a Dios o conveniente para los cristianos: convertirse en el terror de un mísero y bárbaro pueblo.⁹

Según parece lo que desató la violencia fue que los indios del cacique Wituwamet comerciaban más a gusto las pieles con los colonos blancos independientes, tal vez porque pagaban por ellas algo más de lo que abonaban los padres peregrinos en sus trueques.

En 1629 se asentó en la bahía de Massachusetts un compacto grupo de ingleses puritanos, los llamados *santos*, a cuyo frente venía un hombre austero, previsor y organizador, John Winthrop, personaje rico y además profundamente religioso. Instalados los colonos en lo que hoy es la ciudad de Boston establecieron inmediatamente el consabido tratado de paz y amistad. Como había ocurrido con los peregrinos, estas relaciones entre los hombres blancos y rojos, escrituradas y todo –por supuesto los caciques estampaban sus emblemas tribales en aquellos contratos o mágicos artilugios de “tinta y papel” que hablaban (y ¡guay! de aquellos caciques que se atreviesen a violar o romper el convenio)– permitieron a los ingleses convertirse desde un principio en árbitros de todos los conflictos intertribales. En esta especie de juego peligroso silvidiplomático los beneficios siempre recayeron de un solo lado.

El pequoda, grupo indígena belicoso, representaba un peligro latente para los colonos de la Compañía de Massachusetts, y éstos decidieron utilizar la enemistad de otras tribus (narragansettos, mohicanos y niantickos) para acabar con la amenaza. Un fútil pretexto dio comienzo a la guerra en la cual la eficacia guerrera de los colonos, al mando de los capitanes John Endicott y John Mason, ayudó a la aniquilación de la tribu pequoda, la cual, según el fiel relato de un testigo, William Wood, nunca se había portado mal, era justa y

⁹ Citado por George Willison, *Saints and Sb'msgers*, Nueva York, Time Incorporated, 1964, p. 247.



equitativa en sus tratos comerciales y jamás había traicionado a sus hermanos de raza ni a los *santos* ni a los *peregrinos*.¹⁰ Dieciséis años después (1637) del arribo de los puritanos a la Bahía, 200 colonos bien armados, 1 000 indios narragansettos y 70 mohicanos asediaron el campamento enemigo llamado Mystic Forth y acabaron con los pequodas. El cacique Sassacus pudo huir con 40 guerreros al territorio de los mohawks; pero éstos, temerosos de las “armas de boca caliente” de los ingleses mataron al jefe piel roja, le cortaron la cabeza y las manos y se las obsequiaron a los británicos, trofeos que ellos aceptaron de buen grado.

William Bradford, gobernador y cronista de Plymouth, asienta en su historia que “fue una espantosa visión ver aquellos indios [hombres, mujeres y niños] freírse en el fuego y fue asimismo horrible el hedor provocado por la hornaza. Pero la victoria nos pareció un dulce sacrificio y dimos por ello las gracias al Señor en recompensa”.¹¹ Como a pesar de todo se infiltrase algo así como el remordimiento, el ministro de Dios, el reverendo Salomon Stoddard, en carta al gobernador Dudley procuró justificar la destrucción y tranquilizarlo, recomendándole que no había por qué enternecerse por causa de la represión llevada a cabo.

Y habría que preguntarse: ¿Por qué tendríamos que estar cariacontecidos y furiosos? ¿No serán más dignos de compasión y de gracia los cristianos? Yo le remitiría mejor el ejemplo que nos proporcionan las guerras del rey David. Cuando un pueblo ha alcanzado semejante arrogancia, ceguera y pecaminosidad contra Dios y contra los hombres, y asimismo contra todos los confederados, entonces Él no siente amor por la gente, sino que experimenta pesar por ella; la mira con tristeza; la hace pasar a cuchillo y la condena a muerte. A veces las Escrituras expresan que las mujeres y los niños deben seguir la suerte de sus padres; otras, en cambio, resulta distinto el caso. Empero no vamos a discutir sobre tal punto. Tenemos más que suficiente luz recibida mediante la palabra de Dios, para abonar nuestros actos.¹²

10 Citado por William Brandon, *The American Heritage Book of Indians*, Nueva York, Dell Publishing Co., Laurel Edition, 1966, p. 168.

11 William Bradford, *op. cit.*, p. 184.

12 *Massachusetts Historical Society Collection*, Mass., Series 4, 11, 1854.

El ministro estaba convencido de que los ingleses podían hacer con los indios obstinados o sublevados lo mismo que se hacía con los osos, es decir cazarlos con perros, aperrearlos.

Si los indios –prosigue el representante espiritual del dulce rabí de Galilea– fuesen como otro cualquier pueblo y si ellos guerreasen correctamente como lo hacen las demás naciones, podría juzgarse inhumano perseguirlos de la manera dicha; mas hay que considerar que son ladrones y asesinos que nos hostilizan sin declarar previamente guerra; que no se presentan abiertamente en el campo de batalla invitándonos a la pelea, que realizan crueldades con los que caen en sus manos y que actúan como lobos. En vista de ello hay que tratarlos también como lobos.¹³

De acuerdo con el capitán Mason, veterano de las campañas de Flandes, el Todopoderoso infundió tal terror a los indios que éstos por huir de los atacantes, caían dentro de la voraz y enorme hoguera y perecían. “Dios –prosigue el soldado de religión– se reía con desprecio de los enemigos de su pueblo, convirtiéndolos en teas humanas.”¹⁴ Mason reconoce que fue maravilloso contemplar los trabajos y gestas del Señor. Con lenguaje y alusiones bíblicas, demostrativas del intenso comercio intelectual y religioso, y que, por lo mismo, más parecen de un clérigo que de un capitán, agradece la providencial intervención del Jehová castrense en aquella victoria contra el satánico enemigo indio.

De esta manera podemos ver cómo el rostro de Dios se enfrenta contra aquellos que nos hacen daño, extirpando todo recuerdo de éstos de la faz de la Tierra. ¡Nuestra lengua hablará de tu rectitud a toda hora porque han sido confundidos y puestos en venganza los que buscan destruirnos! ¡Bendito sea el Señor Dios de Israel, que realiza tan admirables cosas y bendito sea para siempre su nombre sagrado! ¡Que toda la Tierra se colme de su gloria! El señor tuvo a bien destruir a nuestros enemigos y

13 Citado por William Kellaway, *The New England Company, 1649-1776*, Glasgow, The University Press, 1961, p. 206.

14 Citado por Albert Keiser, *The Indian in the American Literature*, Nueva York, Oxford University Press, 1933, p. 13.

darnos su tierra por herencia. ¡Quién sino Él se apiadó de nosotros en nuestra mísera situación y nos libró de las manos de nuestros enemigos! Por consiguiente, alabemos al Señor por su bondad y por sus obras y prodigios a favor de los hijos del hombre.¹⁵

La guerra contra los pequodas, el primer conflicto serio entre pielesrojas y *santos* y *peregrinos*, permitió la primera gran expansión territorial de los colonos ingleses a costa de la tierra indiana, ahora sin dueño (*vacuum domicilium*), de los mil y pico indios liquidados. La tierra que les había pertenecido pasó a manos inglesas como despojo de guerra y los indígenas sobrevivientes fueron esclavizados y vendidos. Concluido el conflicto tocoles el turno a los narragansettos aliados y su cacique Miantunnomoh fue asesinado (1643) previa condena a muerte por los funcionarios eclesiásticos y civiles de Boston, bajo el cargo de que había intentado eliminar a su rival Uncas, cacique de los mohicanos; de que había roto además el pacto de 1638 y no había consultado a los ingleses la declaración de guerra que había hecho contra sus enemigos.

James Kendall Hosmer (1908), editor del *Diario* de Winthrop, ve en la actitud hostil mostrada por los colonos contra el cacique y los suyos, la bondadosa solicitud de éste con Samuel Gorton quien monopolizaba el comercio de pieles y la negociación de las tierras con los indios, dos intereses capitales que el gobierno de Boston no podía tolerar se le fuesen de las manos.

La paz de 1644 en Hartford entre mohicanos y narragansettos fue alterada por el temible cacique de los niantickos, Ninigret; pero fue restablecida por los ingleses quienes hicieron del astuto Uncas el portavoz universal de todas las tribus. Boston se erigió así en juez y parte de todas las disputas y problemas intertribales. Uncas permaneció en la estima inglesa porque facilitó los intercambios comerciales con los puritanos; pero se opuso firmemente a que los eclesiásticos predicaran e hicieran prosélitos entre los suyos, pues bien sabía por experiencia que mediante el proceso evangélico enormes proporciones de terrenos de caza pasaban a manos de los ingleses para ser roturados y sembrados.

He aquí un típico contrato o alianza de los ingleses con los ya cristianizados indios:

15 Citado por Albert Kaiser, *op. cit.*, p. 14.

Con respecto a los ingleses y nosotros, pobres indios, somos del mismo linaje, como consta en el Acta XVII, 26 porque nosotros, pobres indios, confesamos que vivíamos cautivos de Satanás y de nuestros caciques, y propagábamos sus mandatos, que respiraban muerte, como dice el Salmo 146: 3-4, y en el Éxodo 15:1-2, etcétera. Pero ahora sabemos por vosotros que es mejor confiar en el gran Dios y en su fuerza, Salmo 118: 8-9; y además nosotros éramos como lobos y leones que nos destruíamos los unos a los otros [...]. Por tales razones queremos y deseamos entrar en alianza con los ingleses, por lo que toca nuestra fidelidad, como en Isaías 11:6.¹⁶

Tras de cada alianza firmada pasaban más y más hectáreas de tierra cultivable a los colonos. El triple pacto liberaba del diablo a los pobres y sometidos indios; pero no de la rapacidad del hombre blanco: de su *telluris sacra fames*, digamos parodiando la expresión virgiliana conque se caracterizó la codicia de los conquistadores españoles del siglo XVI: *auri sacra fames*. La conversión de los indios significaba siempre la reducción a pueblos fijos, definitivamente asentados, y por consiguiente la pérdida de las tierras incultivadas que pasaban a ser del dominio público; es decir de los agentes de la corona representados en la Corte General.

Es típica y representativa a este respecto la respuesta del Rey Felipe, cacique de los wampanoagas, es decir, Metacon, al honorable gobernador sir Thomas Prence, residente en Plymouth, quien le asediaba con exigencia de tierras. Por supuesto la carta fue escrita por el secretario del rey-cacique, el joven indio Sassamon, que había sido educado en el colegio indio de Harvard.

Honorable Señor:

El Rey Felipe desea haceros comprender que él no puede comparecer ante la Corte a causa de que a su intérprete Tom le duele la espalda, lo que le impide viajar tan lejos, y a causa también de que su hermana está muy enferma. Felipe os suplica accedáis a tal merced, y si cualquiera de los magistrados y si cualesquiera inglés o indio os hablan sobre los asuntos de las tierras, él os ruega que de ninguna manera le deis respuesta a la demanda. El pasado verano os expresó que no vendería nin-

¹⁶ Citado por George Willison, *op. cit.*, p. 422.



gún terreno más en los siete años por venir, por lo cual a él no le gustaría tener ninguna molestia antes de cumplido dicho tiempo. Tan pronto como le sea posible irá a Plymouth y podrá hablar con vos.

Queda de su merced su amabilísimo amigo Felipe que vive en Mount Hope Neck [1762].¹⁷

La respuesta de Felipe no satisfizo a Boston, que presionó todavía más al cacique quien se vio obligado a levantarse contra los colonos dando comienzo a una terrible guerra, que más que guerra fue una horrorosa masacre practicada ferozmente por ambos bandos. Derrotados los guerreros, degollados y escalpados ellos, sus hijos y mujeres, huyeron algunos hacia sus antiguos cotos de caza del río Tauton y allí “las tropas inglesas comenzaron la tarea de exterminar a aquellos animales furiosos que por una disposición casi inexplicable del cielo, habían quedado ya sin fuerza ni inteligencia para hacer nada en su propia defensa”.¹⁸ Muerto Felipe en el pantano de Assowompssett (el 12 de agosto de 1676), la cabeza de aquel *Blasphemus Leviathan* fue llevada a Plymouth, clavada en una pica y fue exhibida en la torre vigía del Fuerte Hill, en el mismo lugar donde por años estuvo la de Wituwamet. El cuerpo de Felipe como el de Agag (la observación es de Cotton e Increase Mather), fue hecho cuartos y éstos aventados por los cuatro rumbos para que sirvieran de alimento a los lobos; las manos fueron privilegio de Boston y una del indio Pocasset fue obsequiada y se guardó por muchos años dentro de un gran frasco de cristal lleno de ron. El obsequio le fue cedido a quien puso fin a la vida de Felipe.

El ya citado Cotton Mather, escritor y ministro del Señor, tras impetrar de Dios la muerte de los enemigos, comentó posteriormente la victoria de los elegidos.

El glorioso Señor Jesucristo, al que ellos [los antiguos aliados] habían desairado, estaba con nuestro ejército y el día fue maravillosamente ganado contra los empedernidos. Su ciudad quedó reducida a cenizas, unos veinte capitanes indios fueron muertos; una desolación proporcional extirpó a los salvajes de categoría inferior y una enfermedad mortal ade-

¹⁷ *Ibid.*, p. 517, n. 9.

¹⁸ Ray Allen Billington, *La expansión hacia el Oeste*, Buenos Aires, 1967, p. 101.

más de una terrible hambre persiguió de tal modo a los restantes que podemos afirmar que ninguno de ellos quedó vivo sobre la faz de la Tierra. ¡Tal fue la rápida venganza, oh Jesús bendito, tomada contra aquellos paganos que no querían conocerte ni invocar tu nombre!¹⁹

Otro reverendo puritano, John Cotton, juraba y perjuraba contra Roger Williams, el espíritu más liberal de la Nueva Inglaterra, que él estaba persuadido de que los colonos debían ocupar por ley natural un territorio que a sus ojos aparecía como vacío (*Vacuum domicilium credit occupanti*), ya mediante contrato de compra o por consentimiento de los indios, como sostiene en su *Sangrienta doctrina, lavada y blanqueada con la sangre del Cordero*, publicada en 1647. De hecho fueron las guerras las que fueron imponiendo a los indios el obligado y triste desahucio de su vasto territorio.²⁰

En 1676 Increase Mather había tronado como tantos otros *divines* contra sus conciudadanos: “¡Tierra, tierra, éste ha sido el ídolo de muchos en la Nueva Inglaterra!”;²¹ en suma, todas las guerras desencadenadas por los colonos británicos contra los indios tuvieron como primer fundamento el deseo latente o expreso de despojarlos de sus tierras. Una constante histórica que pasará como herencia a los norteamericanos y tipificará las luchas de éstos contra los pielesrojas.

Pero lo que caracteriza estas guerras destructivas y les proporciona unas cuotas altísimas de crueldad innecesaria, es a su vez la herencia histórica británica que desde la Edad Media había declarado a los *irish* como innobles salvajes, y por lo tanto candidatos al exterminio total, supuesto que no sólo eran inferiores socialmente, sino también antropológicamente. Por consiguiente, los clérigos ingleses predicaban (1317) que matar a un irlandés era cometer un pecado equivalente al de matar a un perro. Entrenados pues los ingleses en la teoría de que el mejor irlandés era el irlandés muerto (1170-1600), sólo tuvo que cambiar de sujeto para considerar su condena justificatoria de la destrucción (bestialidad, holgazanería, anarquía social, supers-

19 Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana or The Ecclesiastical History of New England*, vol. II, Hartford, Conn., Silas Andrus and Sons, 1853, p. 390.

20 Citado por Alden T. Vaughan, *New England Frontier. Puritans and Indian, 1620-1675*, Boston, Little Brown and Company, 1965, p. 119.

21 Citado por Perry Miller, *The New England Mind. From Colony to Province*, 2a. ed., Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1966, p. 37.

tición, hurtos e incluso canibalismo), que el mejor indio era el indio muerto.²² Como se ha dicho “el reinado de Isabel fue uno de los más bárbaros y crueles de la historia de Inglaterra y fue seguido por otros, [el de María y] el de Jacobo I, de crueldad semejante. El pueblo inglés había sido disciplinado en los métodos crueles de sus antiguos señores y había llegado a ser tan feroz como Enrique, María Isabel y Jacobo”.²³

Para Toynbee, “los hábitos de terrorismo adquiridos por los ingleses en su prolongada agresión contra los remanentes de la franja céltica en las tierras altas de Escocia y en los pantanos de Irlanda, cruzaron el Atlántico y se practicaron a expensas de los indios norteamericanos”.²⁴

El espeluznante anecdotario que arrojan estas guerras pone de relieve la crueldad de las relaciones y el profundo abismo que se había establecido entre las dos razas en todos los aspectos y circunstancias de la vida. Las denuncias de Roger Williams y sus clamores angustiosos en abono de la paz, la libertad y la comprensión entre rojos y blancos fueron voces clamando en el desierto. En lo económico, político, cultural, religioso, ético y estético los indios no tenían nada que ofrecer a los puritanos, porque al ser clasificados como animales e hijos de Satanás ni siquiera la vía amorosa pudo ser el puente humano de salvación para los pielesrojas, y el mestizaje o miscegenación, como los anglosajones prefieren llamarlo desde siglos atrás, no pudo realizarse debido a la repugnancia racial, que es fundamentalmente racismo teológico, y al horror de los puritanos ante los posibles atractivos físicos de los súcubos e incubos indios, amén del temor a perderse por ello el pueblo elegido de Dios, esos nuevos remanentes del Israel americano, ante los pecados de la carne. Los anglicanos no fueron tan estrictos como los *separatistas* americanos y toleraron los enlaces mixtos ya legítimos o ilegítimos. Viene a propósito el caso novelesco de la india Pocahontas o Matowaka (lady Rebeca más tarde) o recordemos mejor la admiración de Walter Raleigh

22 John Gillingham, “Images of Ireland. The Origins of English Imperialism”, en *History Today*, Londres, 1987, p. 15-21 y 32.

23 St. George Kieran, *A Century of Persecution under the Tudor and Stuart Sovereigns from Contemporary Records*, Nueva York, 1920, p. 9.

24 Arnold J. Toynbee, *Estudio de la historia* (compendio de D.C. Sommerwell, 2 v.), Buenos Aires, Emecé, 1971, II, p. V-VIII, 85; y Francis Jennings, *The Invasion of America. Indians, Colonialism, and the Cant of Conquest*, Nueva York, The Norton Library, W. W. Norton and Company, 1975, p. 3-8.

por las venusinas caribeñas del “*large and beautiful Empire of Guiana*”, cuya robustez y belleza no sólo lo encandilaron sino que las consideró dignas de mejorar la ruin, decadente y bubosa generación aristocrática de la Inglaterra de su tiempo.

En Virginia en 1682 se prefirió importar prostitutas europeas antes que aceptar matrimonios mixtos, a pesar de que los indios los alentaban e incluso lo exigían como norma, según el caballero virginiano Robert Beverly, para que los ingleses pudieran ser sus amigos.²⁵ Más aún, de acuerdo con lo que se lee en su *Historia*, si una ilustrada política de amalgamación racial hubiese sido adoptada durante los primeros años de la colonia, se hubiera ahorrado mucha sangre.²⁶ De esta misma opinión fue su cuñado William Byrd, quien refiriéndose a los colonos de Jamestown expresó que el mejor método para asimilar y convertir a los pielesrojas era el amoroso: “porque un lozano enamorado es el mejor misionero que puede enviarse a estos y a otros infieles”.²⁷

Durante el luctuoso duodécenio descrito por Cotton Mather (guerra del rey Felipe) una señora de pelo en pecho, prisionera de unos indios, aprovechándose de la confianza de éstos mató durante el sueño a los dos varones, hizo lo mismo con dos mujeres indias y remató su hazaña asesinando a los seis niños de la partida y escalpando cuidadosamente las cabelleras de las diez víctimas por las cuales cobró 50 libras, y fue considerada como el prototipo de la heroicidad femenina en la Nueva Inglaterra.²⁸

Otro caso es el de un tal David Owen, buhonero, soldado y desertor no-voinglés, quien huyó al territorio de los indios shawníes, los cuales lo aceptaron, protegieron, adoptaron y le permitieron que se casara con una joven pielroja con la cual procreó cuatro hijos. Durante la guerra contra el legendario Pontiac, decidió Owen alcanzar el perdón no-voinglés y de paso hacerse de algún dinero. Una noche, con premeditación, alevosía y ventaja asesinó a su mujer y a sus hijos que estaban dormidos; los escalpó y huyó a Filadelfia donde se presentó al gobernador Penn pretendiendo cobrar lo asignado como pago de cinco cueros cabelludos. El gobernador, justo es consignarlo, se negó

25 Robert Beverly, *The History and Present State of Virginia*, Chapel Hill, N.C., Louis B. Wright, 1947, p. 38.

26 *Ibid.*, p. 169.

27 William Byrd, *Histories of the Dividing Line betwixt Virginia and North Caroline*, Raleigh, N.C., K. Boyd, 1929, p. 3-4.

28 Cotton Mather, *op. cit.*, IL p. 634-636.

a pagar por aquellos despojos tan alevosa, inhumana y desnaturalizadamente obtenidos, y despachó al desalmado al campamento del general Bouquet para que le sirviese de guía y de intérprete durante la campaña.²⁹ Entre todos los horrores denunciados por el padre de Las Casas no recordamos ninguno tan monstruoso, cruel y deshumanizado como éste.

En el sistema imperial anglosajón en América el indio no fue incluido y, por lo mismo, no participó del estatus legal del sistema en tanto que súbdito directo de la corona. Como comenta el historiador Wilburg R. Jacobs, los indios tenían que ser conquistados, convertidos y civilizados para poder ocupar un lugar en el esquema imperial de España; pero en la política colonial británica el pielroja no tuvo ningún lugar específico, en cierto sentido, no existió como persona.³⁰ No tuvo a su favor un corpus jurídico que lo amparase y favoreciera de las ambiciones y egoísmos del hombre blanco destructor, como ocurrió en el sistema español de explotación del indígena (*Leyes de Indias*); además, los británicos no experimentaron las agonías espirituales o las crisis de conciencia (salvo tal vez Roger Williams, John Elliot y la media docena de beneméritos evangelizadores puritanos) que los mejores españoles de entonces padecieron ante el inhumano, feroz y horroroso espectáculo de la inmisericorde muerte de los naturales durante la conquista.³¹

La herencia norteamericana

Las guerras destructoras contra los indios constituyen la tónica general en las colonias inglesas, seguidas de breves periodos de precaria paz que se quebrantaban inexorablemente ante la constante y siempre incrementada sed de tierras. Sitibundos asimismo los norteamericanos a causa de su doble herencia histórica y religiosa rechazaron a los pielesrojas y explicaron los escasos frutos de su actividad y mutuas interacciones escudándose en el nivel social de las tribus indígenas norteamericanas con las que entraron en contacto, cuyo salvajismo hizo posible su adoctrinación y salvación civilizadoras; empero esta explicación de los historiadores norteamericanos antiguos y modernos, no

29 Every van Dale, *Forth to the Wilderness. The First American Frontier, 1754-1774*, Nueva York, 1962, p. 229.

30 Wilburg R. Jacobs, *El espolio del indio norteamericano*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, p. 197.

31 William Brandon, *op. cit.*, p. 161.

tiene en cuenta que con indios de un nivel semejante, las órdenes religiosas españolas y los jesuitas franceses lograron sorprendentes éxitos de incorporación cristianosocial de las tribus en Canadá, en el noroeste de la Nueva España, en California, Paraguay, Carolina del Sur (Misiones de Guale), etcétera. Es mucho más comprensivo el historiador inglés ya citado Arnold Toynbee cuando fija su atención en “la diferencia moral entre los colonizadores católicos y los protestantes”. Para el notable historiador la diferencia ética es más importante que las diferencias sociales entre los pielesrojas y los indios mesoamericanos y sudamericanos de las altas culturas prehispánicas.

La herencia exclusivista inglesa, que tiene por fundamento, como hemos señalado, la concepción pesimista y teológica del hombre y del mundo, de acuerdo con Calvino, se muestra por lo tanto fría y descarnadamente utilitaria frente al indio. Jefferson aconsejaba en un principio una política indiana cuyo objetivo beneficiase a la par, según él, al indio y al americano:

animar a los indios a abandonar la caza, a dedicarse a la cría de ganado, a la agricultura y a las manufacturas domésticas para que de este modo comprueben por ellos mismos que la tierra y el trabajo los pueden mantener; y poner más a su alcance lo que les ayude a realizar la transición. Desenvolver en ellos la sabiduría de la contratación, en virtud de la cual nosotros podremos obtener tierras, y por medio de lo cual podremos también ahorrar y ellos adquirir.³²

El negocio fisiocrático y plutocrático de Jefferson estaba bien planeado, el intento era la transformación de los pielesrojas en agricultores intensivos y sedentarios, lo cual liberaría una cantidad fabulosa de cientos de millones de acres de tierra virgen o semivirgen. Los especuladores de tierras (comenzando por él mismo, pues su padre y su tutor Thomas Walker lo fueron en extremo) y las grandes compañías deslindadoras estaban de plácemes. Debemos puntualizar que las grandes fortunas de los Jefferson, Washington, Crogham, Franklin, Wharton, etcétera, se amasaron en el lucrativo e inmoral negocio de *comprar* a los indios sus tierras tan baratas como les fue posible, o compulsándolos las más de las veces a malbaratarlas, u obligándolos a

32 Arcy MacNikle, *They Come here First The Epic of the American Indians*, Nueva York, J. B. Lippincot Company, 1949, p. 210.



abandonarlas mediante la constante presión de los desalmados hombres fronterizos, tan falsamente idealizados y heroizados por la historia, la literatura y la cinematografía estadounidenses.

Como el proyecto de Jefferson era sin duda utópico, el 3 de mayo de 1790, siendo secretario de Estado declaró que sólo había dos medios para adquirir tierras: primeramente acudiendo al arbitrio de la guerra, porque ésta podría dar incluso un título justo; en segundo lugar, mediante tratados o contratos con los indios.³³ La tradición anglocolonial heredada se muestra también fríamente utilitaria en George Washington:

la extensión gradual de nuestros asentamientos forzará ciertamente al salvaje a retirarse como el lobo; ambos son bestias de presa aunque difieran en su conformación. Nada podría obtenerse de una guerra contra los indios, como no fuera el suelo en que viven, y éste puede ser conseguido mediante compras con menores gastos y sin derramamientos de sangre, y sin las fatigas que han de compartir mujeres y niños desvalidos en todas nuestras disputas con los pielesrojas.³⁴

Durante el largo y reiterado mandato presidencial de Washington, una circular del Congreso proclamó que los indios estaban privados por naturaleza de la dignidad moral que distingue al hombre de la bestia y que por lo mismo debían ser aniquilados, según anota Helen H. Jackson. Efectivamente, cientos de iroqueses, cheroquíes y mohicanos fueron exterminados entre 1775 y 1798. Jefferson inauguró también su política federal demandando la expulsión de los nativos; de ese “rebaño humano” al que los norteamericanos “empujarían una y otra vez más allá del Misisipi”. Conforme se fueran creando nuevas filas de estados “os blancos avanzarán ‘cerradamente’ a medida que nos multipliquemos”.³⁵ Es decir, los padres de la patria apoyados en Calvino y en Locke y en el Creador arbitraron *razones* para desahuciar a los pielesrojas y justificar el robo de sus tierras.

Como hemos apuntado, las guerras destructoras contra los indios constituyeron la constante general a causa de una inextinguible sed de tierras. Y

33 *Op. cit.*, p. 209.

34 Citada por Wilburg R Jacobs, *op. cit.*, p. 138.

35 *Ibid.*, p. 203.

todo esto fundado en que el legítimo propietario no obtenía de ellas el debido rendimiento; de aquí su condena como un ser ajeno y opuesto a la civilización cristianoprotestante anglosajona y, por ende, susceptible de ser destruido. El hombre británico y su heredero norteamericano, ambos protestantes, proyectaron en términos de barbarie e incompatibilidad lo que inconscientemente no era sino un deseo egoísta e irrefrenable de despojar al *otro* y justificar moralmente el despojo. Tanto los colonos ingleses como el gobierno de los Estados Unidos violaron sistemáticamente los tratados y acuerdos con los indios, con objeto de adquirir tierras. Los colonos “se hallaban dispuestos a luchar por la tierra, a pagar algo por la tierra o a engañar por la tierra” y, por consiguiente, no iban a ser los indígenas los que impedirían alcanzar el ambicioso objetivo propuesto.³⁶ Como manifiestan unánimemente varios historiadores norteamericanos,

muchos blancos no quisieron jugar limpio. Si podían engañar a los indios y desposeerlos de sus tierras mediante asomos de legalidad, santo y bueno; si no, las tierras les eran arrebatadas de todos modos. Los poseedores eran salvajes y paganos, hijos de Satanás, utilizadores mezquinos de los ricos recursos del Nuevo Mundo, de aquí la injusticia de refrenar a los que sí podían explotar tales riquezas al máximo. Semejantes argumentos y actitudes explican por qué tenemos un registro histórico tan desgraciado en el manejo de lo que fue “nuestro primer problema minoritario”. Año tras año siempre fue la misma historia: compra de tierras a los indios, fricciones, guerra, traslado entonces de las tribus al oeste o a una reserva local. El sistema se mantuvo durante dos siglos y medio, desde el día de la primera colonización hasta después de la guerra civil.³⁷

La historia de las relaciones de los indios con el gobierno norteamericano está ensombrecida por innumerables traiciones; se apoya en numerosos tratados siempre violados y en innumerables acuerdos y contratos nunca cumplidos. Para justificar los despojos se recurrió siempre al inexhausto filón bíblico en búsqueda de antecedentes. El Antiguo Testamento proporcionó a los

³⁶ *Ibid.*, p. 162-163.

³⁷ Merle Eugen Curti *et al.*, *American History*, Nueva York, Harper and Brothers, 1950, p. 9.

estadounidenses al igual que a sus antecesores los ejemplos inspirantes para la paz o para la guerra; para la justicia o para la injusticia; para el bien o para el mal. Los nuevos elegidos de Dios, los herederos del remanente de Jacob (Miqueas 5:8-9), recurrían al modelo tipológico bíblico para asegurarse histórica y religiosamente de la rectitud de su dominio y destrucción sobre sus enemigos los indios. Así pues, siempre que fue preciso se apeló a Jehová para disculpar tipológicamente lo indisculpable. Los colonos norteamericanos al igual que sus antepasados los puritanos ingleses y novoiñgleses cumplían simplemente los designios del creador. “Jacob obtendrá siempre la herencia de Esaú. No podemos alterar los designios de la Providencia cuando los vemos impresos en la experiencia de los siglos.”³⁸ Tal era el argumento que enarbolaba el representante de Georgia, mister Wilde, en el Congreso para cohonestar el despojo de tierras a costa de los indios. Para el puritano Winthrop se trataba de ejercer el derecho de ocupación de la tierra por parte de los electos del Señor; para Benton el derecho pertenecía sin disputa a una “raza superior” ante la cual tendrían que ceder tarde o temprano (como el engañado y repudiado Esaú) las razas inferiores; las no evolucionadas y rechazadas, es decir negativamente predestinadas y pues condenadas, pese a sus primigenios derechos americanos; a saber, los pielesrojas. De esta forma se hacía a Dios cómplice de todos los crímenes y marrullerías perpetrados contra los indios.

Las plagas, el ron adulterado, la prostitución de las jóvenes indias y las epidemias provocadas se convirtieron en instrumentos raedores del supuesto plan devastador urdido por la Providencia Divina. Y cuando Dios parecía a veces retardarse en desatar su ira contra aquellos diabólicos seres, los propios norteamericanos, como antes los ingleses, se aprestaban a ser los eficaces voluntarios y prometedores de diezmadoras epidemias y pestes. Se recurrió a lo que hoy llamamos guerra bacteriológica; pero no se crea que dicha guerra fue inventada por los norteamericanos, puesto que ellos simplemente heredaron una práctica corriente de la época colonial inglesa, al igual que la ya mencionada de escalar a los enemigos. El general Jeffery Amherst, jefe supremo de las fuerzas británicas, escribió a su subordinado, el coronel Henry Bouquet, ordenándole que viese la manera de contaminar a los indios con la viruela. La respuesta del coronel se encuentra en una carta suya enviada al general Amherst (13 de julio de 1763), en donde le expresa que “Trata[ré] de

38 Citado por Juan A. Ortega y Medina, *Destino manifiesto*, p. 124, n. 62.

inocularles la [...] con algunas cobijas infectadas que caigan en [mis] manos, y tendré cuidado de no contraer yo mismo la enfermedad.” Un procedimiento semejante siguió el capitán Simeon Ecuyer, jefe del Fuerte Pitt durante el asedio de Pontiac, cuando entregó a ciertos indios algunas cobijas recogidas del hospital de variólicos, en 1767.³⁹

La indignada y apesadumbrada escritora estadounidense Helen Hunt Jackson, apoyada en una rigurosa investigación documental, nos relata en su famoso libro *A Century of Dishonor*, publicado en 1881, las más horripilantes actividades destructoras de los blancos norteamericanos sobre los indios. Ella despliega ante el lector la más monstruosa y prodigiosa empresa colonial de todos los tiempos: la colosal masacre o, mejor digámoslo en español, carnicería o genocidio de pielesrojas. La Secretaría de Guerra de los Estados Unidos, prosigue la investigadora, había prohibido la publicación pormenorizada de tales hechos y de la misma manera se había opuesto a la publicación de la vida de Jerónimo, jefe de los apaches.

Se trata, de acuerdo con la animosa denunciante, de un documento revelador en el que se muestra cómo los oficiales americanos añadían metódicamente estricnina al aguardiente para hacer desaparecer más rápidamente las aldeas indígenas. Los apaches, que eran unos 100 000 a comienzos del siglo XIX, se habían reducido hacia 1880 a unos 20 000 y para 1897 sólo quedaban unos centenares.

Una de las masacres que nos recuerda Helen Hunt Jackson, en su tiempo, y en el nuestro el escritor Dee Brown, fue la realizada proditoriamente por el tristemente famoso y psicopático coronel y ministro del Señor, el reverendo John M. Chivington, de los fusileros del Colorado contra los indios, fundamentalmente contra sus mujeres y niños. Uno no sabe si reventar de indignación o morir de asco. Previa declaración de guerra irrumpió en la madrugada la soldadesca de Chivington en el campamento cheyenne-arapajo en Sand-Creek, y se consumó una horrenda matanza de todo ser viviente: hombres, mujeres y niños (quedaron 105 cadáveres mutilados y escalpados, de ellos 28 guerreros, pues el resto de los hombres se hallaba cazando búfalos en Smoky Hill a unos 100 kilómetros del lugar de la tragedia, que tuvo lugar el 28 de noviembre de 1864). Como siempre, lo que estaba en disputa era la demanda de tierras por parte de los colonos, quienes las consiguieron por fin

39 Citado por Wilburg Jacobs, *op. cit.*, p. 262, n. 38.

mediante el desleal plan guerrero ideado por el gobernador de Denver, Evans, y su brazo ejecutor, el desalmado Chivington, el cual según sus propias palabras había exclusivamente “venido a matar indios y consideraba justo y honorable usar todos los medios a su alcance para lograrlo”. Podemos afirmar que los relatos de Hunt Jackson y Dee Brown representan un testimonio doliente norteamericano y una desgarradora versión o *visión de los vencidos* pielesrojas aniquilados.

Hemos de insistir en que los estadounidenses del siglo XIX actuaron de acuerdo con su herencia y premisas históricas y concordando también con los agresivos estereotipos forjados a lo largo de tres siglos. En la mayoría de los norteamericanos, y esto toca muy cerca a nuestro tiempo, la maldad y crueldad que veía en los hombres cobrizos simplemente reflejaban la que ellos mismos poseían, las que surgían, para glosar al poeta, de los espejos del bosque americano. El odio fratricida frente a la tres veces centenaria imagen del *otro* corresponde en realidad al deseo inconsciente, inadmisibles para la conciencia, que consiste en ver en los otros (los indios pielesrojas en este caso) lo que negarían los norteamericanos en ellos mismos.

Y preguntémosnos ahora ¿qué fue lo que impidió a los representantes del Congreso de los Estados Unidos aceptar no ya a tribus semierrantes de recolectores, cazadores y eventuales agricultores, sino a pueblos ya cristianos, civilizados que habían hecho suyo el *american way of life*? ¿Qué fue lo que impidió a los congresistas y senadores estadounidenses aceptar, defender y hacer suyos los legítimos y muy *americanos* intereses de creeks, cheroquíes, seminolas, chickasaws, chotows y otros? ¿Qué fue lo que inclinó al presidente Andrew Jackson a permitir las infames especulaciones de tierras contra los justos derechos de los indios y a rechazar la decisión aprobada por la Suprema Corte cuyo presidente era el integérrimo John Marshall? ¿Por qué cedió el presidente a las presiones de la chusma fronteriza y codiciosa, ávida de tierras ajenas, y se mostró criminalmente injusto para los indios, sus legítimos poseedores? Sin duda algo tan decisivo y sustancial como la distinción señalada por Toynbee: divergencia originalmente teológica y religiosa que en el transcurso de los siglos produjo los más egoístas, secularizados y protervos frutos. Pero no sólo el presidente Jackson pensaba así, porque también el gobernador del estado de Georgia, George M. Troup, asumía la representación de la providencia divina y determinaba que aunque las cinco tribus civilizadas labraban la tierra y eran en efecto buenos cultivadores, no debían empero ser los agri-

cultores rojos cristianizados los dueños de los campos de labor, sino los colonos blancos cristianos.⁴⁰ Como puede verse los Esaús pielesrojas debían ceder sus posesiones territoriales a los elegidos Jacobos blancos.

El 29 de diciembre de 1835, los indios civilizados, amenazados de expulsión, presentaron al Congreso su “Memorial de Súplicas”:

En verdad –se lee en el patético documento– nuestra causa es la misma causa vuestra. Es la causa de la libertad y de la justicia. Se basa en vuestros propios principios los cuales hemos aprendido de vosotros mismos; porque nosotros nos gloriamos con considerar a vuestro Washington y a vuestro Jefferson como nuestros grandes maestros [...]. Hemos practicado sus preceptos con éxito y el resultado es evidente. La tosquedad del bosque ha permitido y dado lugar a viviendas confortables y campos cultivados [...]. La cultura intelectual, los hábitos industriosos y los gozos de la vida doméstica han reemplazado la rudeza del estado salvaje. Hemos aprendido también vuestra religión y hemos leído vuestros libros sagrados. Cientos de nuestras gentes han abrazado sus doctrinas, practicado las virtudes que ellas enseñan y fomentado las esperanzas que éstas despiertan [...]. Nosotros hablamos a los representantes de una nación cristiana; a los amigos de la justicia, a los protectores de los oprimidos. Y nuestras esperanzas reviven y nuestras perspectivas se abrillantan cuando nos damos a meditar. De vuestra sentencia está suspendido nuestro destino [...]. En nuestra benevolencia, en vuestra humanidad, en vuestra compasión y en vuestra buena voluntad están depositadas nuestras esperanzas [...].⁴¹

Y bien, ¿por qué no hubo buena voluntad ni compasión ni benevolencia para aquellos desgraciados pielesrojas cristianamente civilizados? ¿Sólo la ambición y crueldad del blanco fueron la causa de aquel etnocidio, supuesto que arrebatarles sus tierras era condenarlos a muerte? Los aventureros y el populacho georgiano esperaban la resolución presidencial y presionaban de mil modos para que los indios fuesen expulsados de sus campos cultivados, botín de especuladores, y como el *democrático* Jackson interpretaba demagó-

40 Citado por Albert R. Weinberg, *Manifest Destiny*, Boston, The Johns Hopkins Press, 1935, p. 87.

41 Citado por William Brandon, *op. cit.*, p. 374.

gicamente la democracia como irrestricta voluntad del pueblo, accedió a los intereses de “los hombres más groseros y sin ley que uno pueda imaginarse y como jamás se hayan visto” y los indios se vieron forzados a abandonar sus pueblos, granjas y sembradíos y, por consiguiente, a cruzar el Misisipi. Como para el presidente Jackson, Cuchillo Acerado en su época de luchador de indios, los pielesrojas no eran sino “animales perniciosos”, según lo atestigua la novelista Helen Hunt Jackson, la dramática petición de ayuda de las ya civilizadas cinco tribus fue rechazada, y no tuvieron otra opción sino emprender su dramática marcha hacia el oeste a lo largo del penoso “sendero de lágrimas”.

Como escribe el historiador William Brandon refiriéndose a la tragedia de las tribus expulsadas, ni incluso los norteamericanos más idealistas “pudieron percibir el otro lado de la tragedia; es de saber, la costosa pérdida para los estados de Georgia, Alabama y Misisipi de tales ciudadanos superiormente potenciales”.⁴²

El racismo extremado que aún impera, como es sabido en Sudáfrica, proviene también del protestantismo ginebrino cuya teología había saturado a todos los países anglosajones y actuado contra los poseedores de la tierra, de cualquier tierra, los nativos, fundado en un acusado pesimismo y desprecio frente al hombre, según hemos señalado. ¿Cómo explicar, por ejemplo, el caso de la señora Mary Rowlandson, que pese al buen trato recibido durante el tiempo que fue prisionera de los indios (guerra del Rey Felipe) no pudo disminuir su menosprecio y rencor ancestrales hacia éstos?⁴³ Por consiguiente no podemos atribuir la destrucción de poco más de diez millones de pielesrojas, a una ingénita perversidad de los británicos, norteamericanos y sudafricanos blancos (tan calvinistas estos últimos como los anteriores). El indígena, el subhombre, fue atrapado entre las despiadadas pinzas teológicas de la corrupción natural primigenia (el pecado como ser y esencia del hombre) y la predestinación negativa. La injusticia predestinatoria siempre se mostró desfavorable para los nativos, no así para los ingleses, que en su mayoría se sintieron electos del Señor. El puritano, debemos aclararlo y repetirlo, no era un perverso, pero destruía racionalmente a los que su Dios rechazaba y negaba; por ello sería muy fácil atribuir falsamente a una innata crueldad anglosajona

42 William Brandon, *op. cit.*, p. 314.

43 Citado por Lamer Ziff, *Puritanism in America. New Culture in a New World*, Nueva York, The Viking Press, 1973, p. 177.

la causante de la casi total extinción de los indios en el territorio actual de los Estados Unidos.

Para el historiador norteamericano Wilburg R. Jacobs, ya citado:

Es evidente que nuestra historia [por supuesto la norteamericana] no resulta fecunda. Debería apoyarse más en los indios (y también en otras minorías) y en su estilo de vida. La América moderna, tumultuoso producto de un largo desarrollo histórico, se halla cada día más mecanizada, contaminada y despersonalizada, y tiene una peligrosa tendencia hacia el encuadramiento de colmena. ¿No puede acaso una sociedad semejante beneficiarse de una mejor comprensión de la reverenda histórica del indio hacia la tierra y de su estilo humano de vida? *¿No es acaso muy claro que necesitamos desesperadamente a los indios nativos y a su cultura?* La tragedia que mana de nuestro mito del conquistador de la frontera es quizá la aceptación general de la idea según la cual nuestra civilización de pioneros, con su gran herencia judeocristiana, conquistó tierras silvestres pobladas por indios salvajes y paganos. Nuestros pioneros cristianos que adoraban lo sobrenatural en una trinidad, mientras que los indios reverenciaban las rocas, las plantas y las bestias, llegaron a considerar a sus conquistados rivales como si no fueran personas. Sin embargo, al deshumanizar al indio se deshumanizaron inevitablemente ellos mismos, en tanto que acuchillaban, despoblaban, labraban y minaban una tierra virgen que antaño fue de un pueblo autóctono.⁴⁴

Conclusión

El inglés colonialista así como el americano republicano no se preocuparon por entender al indio; nunca intentaron partir de los supuestos y realidades en sí del mundo indígena, sino que lo vieron e interpretaron teniendo en cuenta exclusivamente el marco estructural, tradicional y psicológico montado por ellos mismos hombres cristianos y blancos, para enmarcar el cuadro histórico de las relaciones tricenturiales, casi siempre inamistosas entre la raza blanca y la roja. El tríptico en este caso de la *civilizada y sombreada* idea de salvajismo o pantalla histórico-conceptual e incluso literario-artística, mediante la cual se

⁴⁴ Wilburg R Jacobs, *op. cit.*, p. 311.

proyectará la dislocada y falsa historia indiana, no contada por los indios sino por sus antagonistas, recrea así una *idea* del salvajismo que corresponde a un ente incivilizado agreste, rudo y cruel cuyo símbolo es el indio pielroja y sus imágenes las reflejadas en la literatura histórica y social que corresponde fundamentalmente al siglo XIX norteamericano. Los estadounidenses de esa centuria actuaron de acuerdo con los agresivos estereotipos forjados a lo largo de tres siglos. El norteamericano, que luchó como Jacob con Jehová, dramática e indesmayadamente trabado al indio sobre la movediza raya frontera, es natural que adquiriera mediante este apretado y pugnaz abrazo bélico ciertos rasgos típicos y modos de ser de su oponente pielroja, su enemigo tradicional, de acuerdo con los puntos de vista del psicoanalista C. G. Jung y del filósofo Keyserling.

Se creó por lo tanto una imagen que es vista y analizada desde la orilla blanca y civilizada, preconcebida y excluyente, y no desde la margen propia del indígena o supuesto salvaje. La idea de salvajismo se construye de esta suerte no diciendo lo que era en sí mismo el indio, sino expresando lo que no era; no viendo al salvaje en su ser, sino definiéndolo desde el ser blanco y puritano.

El hecho dramático es que la civilización anglosajona, al subyugar a los naturales americanos, no sólo los eliminó físicamente sino que también liquidó paradójicamente al propio ente creado por ella, al *otro*, a la salvaje criatura. De este modo los brazos ejecutores del Dios puritano, la naturaleza y la idea de progreso, contribuirán a la extinción de los indios y, por consiguiente, al victorioso éxito predestinatorio de la civilización cristiana protestante en el Nuevo Mundo; expresado todo esto en términos teológicos puritanos como *destino manifiesto*.

La extrañeza e incomprensión frente al indio se presenta en un triple movimiento evolutivo: estudiar al indio será estudiar el pasado; civilizarlo será triunfar sobre dicho pasado y raer al indio de la faz de la tierra será matar aquel demoniaco pasado. Por lo mismo, la idea de salvajismo y la subsecuente destrucción desde los primeros contactos son, según estimamos, antes bien efecto de la teología individualista de salvación que resultado de un simple proceso de inadaptación. El novoiñglés así como el norteamericano (estadounidense), al observar los estragos que sus contactos con los indios provocaba en éstos, experimentaron en un principio compasión; pero de inmediato los censuraron y rechazaron por el lento o nulo avance de los indígenas en el camino del progreso espiritual y material, con lo cual se desentendían realmente del problema y hacían a Dios responsable único de la condena in-

diana. Desde el punto de vista de la predestinación los indios nunca fueron electos de Dios, ni siquiera los ya cristianizados que alguna vez parecieron, sólo parecieron, estar a punto de santificante elección.

La condena teológica del indio no permitió la fusión interétnica ni la adaptación, ni la posibilidad de cambio. Salvo escasísimas excepciones no se establecieron influencias recíprocas entre ambas razas ni se dio, repitamos, ninguna posibilidad de mestización biológica ni cultural.

Hoy día muchos historiadores norteamericanos han revisado la historia de los Estados Unidos y han llevado a cabo la revalorización del pasado indígena y han aludido al malhadado fin de la civilización aborigen en Norteamérica. Toda una valiosa serie de críticos se han referido a que los poderosos Estados Unidos, poseedores de tantos bienes, no son dueños del principal, de raíces telúricas e históricas firmemente válidas; verbigracia, auténticamente sustentantes, como hemos expuesto en nuestro “Monroísmo arqueológico”.⁴⁵ Acaso por ello el propio presidente de la Unión Americana, John F. Kennedy, se refirió a este sensible vacío histórico cuando expresó, acaso por su ideología católica, que, “América tiene mucho que aprender de la herencia de nuestros indios americanos. Sólo por medio de este estudio podemos hacer como nación lo que debe ser hecho si nuestro trato con el indio no ha de quedar marcado como una desgracia nacional”.⁴⁶

A manera de colofón reproducimos las palabras que un notable historiador contemporáneo norteamericano ha expresado sobre este trágico tema: “la condición dolorosa del indio ilustra el fracaso de la religión y de la sociedad [norte]americana en el intento de llevar a cabo plenamente la mutua participación de los miembros de las diferentes razas en los comunes empeños humanos”.⁴⁷

[La edición original de este ensayo incluye como epílogo el poema *Los salvajes*, de Josephine Miles. Dicho poema también aparece al final del libro *La evangelización puritana en Norteamérica. Delendi sunt indi*, por lo que se encuentra en la página 385 del presente volumen].

45 Juan A. Ortega y Medina, “Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente”, en *Cuadernos Americanos*, 5-6, México, 1953, *passim*. [Vid. el volumen 3 de estas *Obras*.]

46 John F. Kennedy, “Introducción”, *apud* William Brandon, *op. cit.*

47 William A. Clebsch, *From Sacred to Profane America*, Nueva York, 1967, p. 102.

Bibliografía

- Anglería, Pedro Mártir de, *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Bajel, 1944.
- Anónimo, “An Account of the Particularities of the Employments of Englishmen Left in Virginia by Sir Richard Greenville under the Charge of Master Ralph Lane”, 1919 (cf. R. Hakluyt, IV).
- Beverly, Robert, *The History and Present State of Virginia*, Chapel Hill, N. C., Louis B. Wright, 1947.
- Billington, Ray Allen, *La expansión hacia el Oeste*, Buenos Aires, The MacMillan Co., edición argentina de 1967.
- Bradford, William, *Of Plymouth Plantation. The Pilgrims in America*, Nueva York, Harvey Wish, Capricorn Books, 1962.
- Brandon, William, *The American Heritage Book of Indians*, Nueva York, Dell Publishing Co./Laurel Edition, 1966.
- Byrd, William, *Histories of the Dividing Line betwixt Virginia and North Caroline*, Raleigh, N. C., K. Boyd, 1929.
- Colón, Cristóbal, *Carta del almirante... al señor Rafael Sánchez; tesorero de los reyes* (facsimilar), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1939.
- Curti, Merle Eugen *et al.*, *American History*, Nueva York, Harper & Brothers, 1950.
- Gillingham, John, “Images of Ireland. The Origins of English Imperialism”, *History Today*, Londres, 1987.
- Hakluyt, Richard, *The Principal Navigation, Voyages and Discoveries of the English Nation*, 8 v., Londres, Everyman Library, 1919.
- Hariot, Thomas, “A brief and true Report of the New Found Land of Virginia”, en R. Hakluyt, *op. cit.*, VI, 1919.
- Jacobs, Wilburg R., *El espolio del indio norteamericano*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.
- Jennings, Francis, *The Invasion of America. Indians, Colonialism, and the Cant of Conquest*, Nueva York, The Norton Library, W. W. Norton & Company, 1975.
- Keiser, Albert, *The Indian in American Literature*, Nueva York, Oxford University Press, 1933.
- Kellaway, William, *The New England Company, 1649-1776*, Glasgow, The University Press, 1961.
- Kennedy, John F., “Introducción” a W. Brandon, 1966.
- Kieran, St. George, *A Century of Persecution under the Tudor and Stuart Sovereigns from Contemporary Records*, Nueva York, 1920.
- MacNikle, Arcy, *They Come Here First. The Epic of the American Indians*, Nueva York, J. B. Lippincot, 1949.

- Massachusetts Historical Society Collection*, Mass., Series 4, II, 1854.
- Mather, Cotton, *Magnolia Christi Americana or The Ecclesiastical History of New England*, 2 v., Hartford, Conn., Silas Andrus and Sons, 1853.
- Miles, Josephine, “Los salvajes”, en *Poems*, 1930-1960.
- Miller, Perry, *The New England Mind. From Colony to Province*, 2a. ed., Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1966.
- Ortega y Medina, Juan A., *Destino manifiesto*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972.
- , “Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanización insuficiente”, en *Cuadernos Americanos*, México, núms. 5-6, 1953.
- Quinn, David B., *Raleigh and the British Empire*, Londres, The English University Press, 1947.
- Rosenberg, F. Coleman, *A Treasury of Writings*, Nueva York, Virginia Readings, 1948.
- Toynbee, Arnold J., *Estudio de la historia* (compendio de D.C. Sommerwell, 2 v.), Buenos Aires, Emecé, 1952.
- Van Dale, Every, *Forth to the Wilderness. The First American Frontier, 1754-1774*, Nueva York, 1962.
- Vaughan, Alden T., *New England Frontier. Puritans and Indians, 1620-1675*, Boston, Little Brown and Company, 1965.
- Vespucio, América, *Carta de las islas nuevamente descubiertas en cuatro de sus viajes* (facsimilar), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1941.
- Weinberg, Albert R., *Manifest Destiny*, Boston, The Johns Hopkins Press, 1935.
- Willison, George, *Saints and Strangers*, Nueva York, Time Incorporated, 1964.
- Winthrop, John, *History of New England, 1630-1694*, 2 v., Nueva York, Charles Scribners Sons, 1908.
- Ziff, Larzer, *Puritanism in America. New Culture in a New World*, Nueva York, The Viking Press, 1973.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS